

**Asamblea General**

Distr. general
24 de enero de 2001
Español
Original: inglés

Quincuagésimo quinto período de sesiones

Tema 20 b) del programa

Fortalecimiento de la coordinación de la asistencia humanitaria y de socorro en casos de desastre que prestan las Naciones Unidas, incluida la asistencia económica especial: asistencia económica especial a determinados países o regiones

Carta de fecha 8 de enero de 2001 dirigida al Secretario General por el Encargado de Negocios interino de la Misión Permanente de Ucrania ante las Naciones Unidas

Tengo el honor de adjuntar a la presente el texto del discurso pronunciado el 15 de diciembre de 2000 por el Excmo. Sr. Leonid Kuchma, Presidente de Ucrania, con motivo del cierre de la central nuclear de Chernobyl (véase anexo).

Agradecería que tuviera a bien disponer la distribución del texto de la presente carta y de su anexo como documento de la Asamblea General en relación con el tema 20 b) del programa.

(Firmado) Valeriy **Kuchinsky**
Embajador y Representante Permanente interino

Anexo de carta de fecha 8 de enero de 2001 dirigida al Secretario General por el Encargado de Negocios interino de la Misión Permanente de Ucrania ante las Naciones Unidas

Discurso pronunciado el 15 de diciembre de 2000 por el Excmo. Sr. Leonid Kuchma, Presidente de Ucrania, con motivo del cierre de la central nuclear de Chernobyl

Me dirijo al pueblo de Ucrania, a los jefes de Estado, a los gobiernos y los parlamentos de los países extranjeros y a toda la comunidad mundial en relación con un suceso de significado histórico para la humanidad, para todos los que vivimos y vivirán en nuestra Tierra. Hoy, 15 de diciembre de 2000, dos mil años después del nacimiento de Cristo, he dado orden de que se cierre el tercer grupo electrógeno de la central nuclear de Chernobyl, el último que quedaba en funcionamiento. Ello significa clausurar una instalación que ha pasado a la historia como una inmensa y horrible catástrofe.

Han pasado quince años desde el día en que un incendio en el reactor nuclear destruido inició una nueva etapa de la civilización: la era "post Chernobyl". El 26 de abril de 1986, el nombre de esta pequeña ciudad de Polissya perdió su significado geográfico original y adquirió un significado político y ecológico mundial. Ese nombre se ha sumado a la lista simbólica de tremendos y devastadores cataclismos que han hecho historia como hitos distintivos de distintas épocas, como Pompeya, Guernica e Hiroshima. Las palabras "central nuclear de Chernobyl" simbolizan un nuevo fenómeno: la energía nuclear descontrolada, la materialización práctica de amenazadoras advertencias que la naturaleza ha enviado en numerosas ocasiones a los seres humanos para que no actúen entre sí de forma frívola, negligente o criminal.

Para Ucrania, el cierre definitivo de la central nuclear de Chernobyl es desde muchos puntos de vista, y sin exageración, todo un hito. En primer lugar, de esa forma rendimos homenaje a quienes murieron como resultado de las enfermedades provocadas por esta catástrofe mientras trabajaban para eliminar las consecuencias del desastre. En segundo lugar, confirmamos una vez más que asumimos plenamente las obligaciones que nos incumben ante el mundo. En tercer lugar, nos desprendemos por fin de un legado totalitario y de su tiranía, indiferencia y crueldad para con los seres humanos, la sociedad y la naturaleza. Y, en cuarto lugar, reiteramos nuestra intención de construir nuestro futuro con espíritu de responsabilidad, guiados por nuestra vocación europea y nuestra preocupación por las futuras generaciones del pueblo ucranio y de toda la humanidad.

Esta decisión ha sido fruto de la angustiosa experiencia de los quince últimos años. Ucrania ha tenido que pagar cuentas que no ha contraído y expiar pecados que no ha cometido. Fueron sus ciudadanos los primeros en adentrarse en las llamas y en el invisible pero letal campo de la radiación, para proteger a todo el planeta de un incendio devastador a costa de su propia vida. Y con su experiencia pagaron el más alto precio a fin de dar a la humanidad la clave para resolver problemas sin precedentes.

¿Qué es Chernobyl para Ucrania? Son casi 3,5 millones de personas afectadas por la catástrofe y por sus secuelas. Es casi el 10% de su territorio afectado por la radiación directa. Son 160.000 personas de 170 localidades que tuvieron que abandonar

sus hogares para desplazarse a otros lugares. Al citar estas tristes estadísticas, no nos olvidamos de otros países y otros pueblos en cuya vida ha dejado también su ominosa huella la peor catástrofe tecnológica del siglo XX.

Estos son el destino y la historia que ha de soportar nuestro Estado —su cruz de Chernobyl— casi siempre por sí solo, solo con sus propias dificultades y sus pruebas. El costo económico total derivado de la catástrofe de la central de Chernobyl asciende ya a 130.000 millones de dólares de los Estados Unidos. Además, nos hemos visto obligados a desviar una inmensa cantidad de recursos materiales y financieros para proteger a la población afectada y rehabilitar el medio ambiente. Estos gastos han consumido en algunos períodos el 12% del presupuesto del Estado, porcentaje que excede considerablemente la cantidad asignada a la ciencia y la cultura.

Quisiera que todos ustedes prestaran atención a lo siguiente y reflexionaran sobre el hecho que paso a exponer. Ucrania cierra su central nuclear de Chernobyl en un momento en que su economía, con una estructura extremadamente deformada y un gran consumo de energía, comienza apenas a recuperarse de una larga crisis, en una difícil situación por lo que respecta al combustible y la energía, y en pleno invierno. A estos factores deben añadirse condiciones meteorológicas extremadamente adversas, que en vastas regiones han adquirido prácticamente dimensiones de desastre natural. Por todo ello, perder como mínimo el 5% de la capacidad de generación de energía revela que estamos dispuestos a asumir, no sólo pérdidas adicionales significativas, sino también un riesgo considerable. Por no mencionar que, tras su clausura, la central nuclear de Chernobyl, de ser fuente de energía, ha pasado a ser consumidora de energía.

Con todo, Ucrania da este paso consciente y voluntariamente, atendiendo a los intereses más prioritarios de nuestro pueblo y de la comunidad internacional. Sabemos que Chernobyl es una amenaza para el mundo entero y, por consiguiente, estamos dispuestos a sacrificar una parte de nuestros intereses nacionales en aras de la seguridad mundial. La aplicación de la decisión de clausurar Chernobyl que se adoptó a principios del decenio de 1990 y se confirmó hace cinco años en el memorándum de Ottawa es el segundo acto de buena voluntad sin precedentes del Estado de Ucrania. El primero fue renunciar a un tercio de la capacidad de su arsenal nuclear. Espero que el mundo valore la importancia y la humanidad de estas acciones, y también que esté seguro de nuestro empeño en afrontar los problemas de seguridad nuclear, desde la esfera de las declaraciones hasta el nivel de las verdaderas cuestiones prácticas.

Quiero insistir en esto por lo que respecta a otra consecuencia de Chernobyl, probablemente la más terrible y trágica de todas. Me refiero al temor constante de la gente por su vida y por su salud, por el destino de sus hijos y sus nietos, por la ecología de las tierras y los bosques, los mares, los ríos y las aguas subterráneas. Este temor existe dondequiera que vivan, sea cerca del reactor destruido y la zona contaminada de radiactividad, sea a millares de kilómetros de distancia. A varias decenas de kilómetros de la capital de Ucrania, hay una zona desolada y silenciosa, hostil a toda forma de vida, una realidad que no es fruto de la imaginación ni una proyección de computadora, que demuestra lo que puede suceder al planeta si los seres humanos utilizan sin juicio ni precaución los adelantos de la ciencia y la tecnología.

Los bomberos de Chernobyl y todos los que ayudaron a sofocar la catástrofe protegieron a la humanidad de la antes descrita perspectiva, al igual que sus predecesores de la Rusia de Kiev defendieron a Europa de las incursiones extranjeras en

los albores del Renacimiento. El acto de hoy, al eliminar la mina nuclear de efecto retardado que había en el corazón de Europa, marca el principio del alivio del síndrome de Chernobyl en Ucrania y en el resto del mundo. Empieza a desaparecer la espada de Damocles que todos estos años se ha cernido sobre nosotros.

Sin embargo, esta página atroz de la historia moderna no puede considerarse completamente superada. Siguen existiendo los problemas de Chernobyl, pero han adquirido una nueva dimensión. En los albores del siglo XXI y del tercer milenio tenemos una nueva era por delante, nueva también porque es posterior a Chernobyl. Ahora bien, son más las preguntas que plantea que las respuestas que aporta.

Se yergue ante nosotros el largo y complicado proceso de desactivar la central nuclear y transformarla en un sistema ambientalmente seguro, encima del cuarto generador dañado. También tenemos por delante la tarea de asegurar la seguridad social de los trabajadores de la central que están siendo despedidos y de sus familiares, y de definir y planificar el futuro de la ciudad de Slavutysh, donde viven todos ellos. Ni una sola de estas personas, ni una sola familia, debe quedar abandonada.

Esto acarreará un enorme gasto que Ucrania, por el momento, no está en condiciones de sufragar.

Nosotros, el Estado que más ha padecido la catástrofe de Chernobyl y sus consecuencias, tenemos derecho a esperar en el apoyo de la comunidad internacional. Los programas internacionales de asistencia son de vital importancia, al igual que la compasión humana y la comprensión de los problemas que afrontamos.

En primer lugar, la decisión de cerrar la central de Chernobyl se ha tomado y ejecutado al amparo de las garantías de que se prestaría tal asistencia formuladas, sobre todo, por los Estados que componen el Grupo de los Siete. En segundo lugar, cada día que pasa es más acuciante para la humanidad la necesidad de aunar todos los esfuerzos para consolidar una existencia segura y en armonía con la naturaleza, y para evitar catástrofes tecnológicas de alcance mundial o regional, así como la proliferación de las tecnologías nucleares.

Chernobyl es el testimonio más evidente de esa necesidad, pero no el único. Las consecuencias de los accidentes en instalaciones nucleares civiles o militares, empresas químicas u otras, no reconocen las fronteras de los Estados. El peligro que se deriva de ellas es común a todos nosotros, porque también es común el entorno en el que vivimos. Recordemos que la mundialización y otras tendencias postindustriales acrecientan la interdependencia del mundo actual. Nuestro mundo no termina en el umbral de nuestra casa ni en las fronteras de nuestros Estados. Afirma un físico que tenemos el único ejemplar del universo, y que con él no se pueden hacer experimentos.

Recordemos, siguiendo el modelo de las grandes mentes, que la sabiduría es fruto de la experiencia. Y la experiencia demuestra que el contenido y las consecuencias de los desastres tecnológicos trascienden las diferencias científicas, políticas y de cualquier otro tipo. Exigen recurrir a todos los canales de cooperación internacional, para que nunca, en ningún lugar y en ninguna circunstancia, ocurra en nuestro planeta un desastre causado por el hombre. A mi juicio, esa es la lección más importante de Chernobyl. Debemos aprenderla, por triste, dolorosa y trágica que sea.

Hoy quisiera reiterar la idea, que se debatió en el quincuagésimo segundo período de sesiones de la Asamblea General, celebrado en 1997, de crear un consejo de seguridad ecológica de las Naciones Unidas, un tribunal ecológico internacional y un banco ecológico mundial. Creo que ha llegado el momento de llevar a la práctica esa propuesta. Ello nos permitiría colaborar, de manera concertada y coordinada, para mancomunar los gastos y los recursos a fin de ayudar a los países que no pueden afrontar por sí solos las consecuencias de los desastres naturales y tecnológicos. Ucrania es partidaria de que se firme un convenio por el que se cree un mecanismo internacional de supervisión y control ecológicos y se aplique toda una serie de otras medidas que garanticen unas condiciones de vida sanas, sin contaminación, a los habitantes de todo el mundo.

Por nuestra parte, estamos dispuestos a compartir abierta y generosamente con la comunidad internacional la amarga pero singular experiencia que hemos adquirido durante años de hacer frente a las consecuencias de la catástrofe de Chernobyl. Proponemos que la central nuclear que ahora se clausura y el territorio adyacente a ella se utilicen como terreno de experimentación de un centro internacional de investigación científica dedicado a las tecnologías para aumentar la seguridad nuclear, mitigar y eliminar las consecuencias de los accidentes nucleares y rehabilitar el medio ambiente.

Al cerrar la central nuclear de Chernobyl renunciamos a satisfacer nuestras propias necesidades. No buscamos el aplauso, sino una atención y una cooperación constructivas. No pedimos caridad, sino igualdad, respeto y comprensión. Estamos convencidos de que la solidaridad de las naciones y los Estados y el sentido humanitario de la civilización contemporánea no dejarán a Ucrania desprovista de ayuda a este respecto. Damos las gracias por anticipado a todos los que van a prestárnosla.

La humanidad afronta el futuro reflexionando sobre el pasado. Es la ley de la historia. Las cosas que han sucedido no pueden deshacerse, pero nada debe olvidarse. Que la palabra "Chernobyl" se convierta en un recordatorio inmediato y severo, en nombre de las generaciones venideras, de nuestra responsabilidad respecto de todas las cosas fruto de la sabiduría y las manos del hombre. Que el 15 de diciembre de 2000 señale para el mundo la aceptación inequívoca de esta responsabilidad. Dicho con las palabras de las Sagradas Escrituras que han llegado hasta nosotros desde tiempo inmemorial: "El sabio sabe el camino que debe seguir".

Finalmente, deseo expresar mi confianza y mi esperanza de que los Estados y los pueblos y toda la humanidad tengan la sabiduría, la voluntad y la responsabilidad necesarias para seguir un sendero razonable e inteligente, libre de hitos tan ominosos como Chernobyl. Que así sea por siempre.